



NUM. 49. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 4 DE DICIEMBRE DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO VIII.

## REVISTA DE LA SEMANA.



e Oporto acabamos de ver dos periódicos que insertan ya la convocatoria para la grande esposicion internacional que se ha de celebrar en aquella ciudad en el palacio que con este objeto está á punto de terminarse. La esposicion se inaugurará el 21 de agosto

de 1865 y durará hasta fines de diciembre. El gobierno de S. M. don Luis y la sociedad del palacio de cristal portuense «convidan á este solemne concurso é invocan la cooperacion de todos los artistas, industriales, productores y cuantas personas de la península, de las colonias y del extranjero quieran ostentar sus productos ó gozar de los placeres de las grandes asambleas, donde compiten en glorioso certámen los primores del ingenio humano ofrecidos por las diversas naciones cultas»

El palacio es de una construccion apropiada al clima, calculada para ofrecer en la estacion calurosa suave frescura, y en los rigores del invierno grata amenidad, porque todo se ha dispuesto y combinado de antemano con grande habilidad para conseguir estos importantes resultados. Tiene el edificio espaciosos salones y salas de concierto, sitios á propósito para galerías de pinturas y gabinetes de lectura, cafés, fondas de primera y segunda clase, vastas dependencias para los objetos diversos de la industria y de las artes y comodidad para todo.

Oporto se gloria de ser el primer pueblo de la península ibérica en saludar la confraternizacion internacional de los artistas é industriales del universo, y esperamos que el mundo culto contestará á este cariñoso

saludo que se le hace desde el extremo occidental de la Europa. Por nuestra parte deseamos que los españoles se apresuren á aprovechar la oportunidad que se les ofrece de ostentar sus productos y las obras de su ingenio, porque es convenientísimo que esos productos se encuentren allí en mayoría respecto de todas las demás naciones. La industriosa Cataluña, estamos seguros de que no dejará de concurrir á este certámen, y si nuestra voz puede servir de algo, no dejaremos de alzarla oportunamente para que de Galicia, de Estremadura, de Castilla, de Aragon, de Valencia, de Murcia, de Andalucía, acudan todos los productores que puedan acudir á dar una muestra del poder y de las fuerzas intelectuales y morales de España.

El interior del barracon para nuestra esposicion de Bellas artes, es segun dicen los inteligentes, lo mejor que se ha tenido hasta ahora en cuanto á luces. La parte exterior no revela ciertamente las buenas condiciones interiores: es verdad, que si despues de todo no hubiera buenas luces en el susodicho barracon, la cosa pasaria ya de raya. El piso se halla cubierto de baldosa de Zaragoza de dos colores, habiéndose empleado 72,000 baldosines. Las paredes cubiertas de lienzo, color de rosa claro, tienen un friso tambien pintado, y las claraboyas del centro están cerradas con bastidores de percal inglés, barnizado de cola de pescado, con lo cual dicen que la luz se trasmirá suave, tranquila, serena y por igual á todos los cuadros.

El señor gobernador civil llamó el otro dia á su despacho á los directores de varios periódicos para rogarles que auxiliasen la suscripcion abierta en favor de las víctimas de las inundaciones de Valencia. Como la prensa ha sido la primera en abrir esa suscripcion, los directores de periódicos no podian contestar desfavorablemente al señor gobernador. Nuestro periódico no fue convocado ni lo consideramos necesario, porque estamos tan en la idea del señor gobernador que la habíamos puesto en práctica. En este mes al recibir la paga los diversos empleados que cobran del Tesoro, dejarán un tanto de su haber anual para socorro de la calamidad de que se trata. Segun parece, se ha fijado en un 5 por 1,000 ese tanto, de suerte que los empleados de 40,000 reales de sueldo darán 200 reales, y á este tenor los demás.

Y á propósito, 200 reales es lo que cuesta un décimo de cada billete de los que se espenden para la lotería de Navidad. Si por cada décimo que vá á comprarse se

exigiere una cantidad cualquiera proporcional para las víctimas de la inundacion de Valencia, nos parece que este seria un medio de obtener bastantes fondos. Los billetes para Navidad son muy buscados: pues bien, que cada administrador de loterías tenga la obligacion al dar el billete que se le pida de presentar la lista de suscripcion para que el peticionario se inscriba en ella por lo que guste.

Por lo demás, hay dos motivos para que los billetes de la loteria de Navidad sean tan pedidos asi en Madrid como en provincias, y aun en el extranjero: el uno es que la crisis comercial no ha concluido: hay poco dinero, y mucha sed de oro y mucho deseo de ser rico sin trabajar; el otro es que los jugadores en esta extraccion llevan mas probabilidades de ganancia, ó mejor dicho, menos probabilidades de pérdida que en otras. En efecto, entrarán en suerte 30,000 billetes, y de estos saldrán premiados mas ó menos 5,560. Es decir que la probabilidad está de 10 á 58, ó lo que es lo mismo que de cada 58 billetes saldrán premiados 10. El gobierno, por su parte, gana tambien mas que en ninguna extraccion, si vende como es de presumir los 30,000 billetes, porque valiendo á 2,000 reales cada uno, recoge 60 millones de reales, de los cuales no reparte sino 45, sacando un beneficio líquido de 15.

Quince millones de reales sacados de la riqueza particular en un mes por medio del juego y escitando la codicia, son cosa grave, y que da lugar á muy serias y muy tristes reflexiones. El señor director de loterías, como es natural, tiene interés en hacer subir los productos de la renta que administra, y no hay que pedir á un director de loterías como tal director que sea filósofo ni moralista, ni economista. Pero el gobierno y los legisladores deberian comprender que pierden mucho la fuerza moral si prohibiendo, como no pueden menos de prohibir, los juegos de azar, esos garitos inmundos, garitos siempre por mas que en algunos se huellen alfombras y resplandezcan arañas, y brillen espejos, si, prohibiendo decimos, esos juegos en que se pierden multitud de padres é hijos de familia, en que se arruinan las casas, y lo que es aun peor, se vician y secan los corazones, no solo no se prohíbe, sino que se estimula y se ponen cebos y alicientes á un juego de azar igual, autorizado por el gobierno.

Y hay en la loteria respecto de los demás juegos una circunstancia agravante. En el monte ó en el cané, por ejemplo, cuando no se hacen trampas, las probabilidad



des están igualadas: tantas lleva el punto como el banquero. Mas en la lotería no es así: en la lotería el banquero siempre gana: recoge el dinero, se guarda de barato una parte, y destina la otra al pago de los premios. Creemos que merecería esto la pena de pensar en ello, y de inventar un medio que supliera esa renta y permitiera su abolición completa.

Únicamente emplearíamos nosotros la lotería para destinar sus productos íntegros al socorro de calamidades públicas. ¿Se trata por ejemplo de socorrer á Valencia? Pues hubiéramos anunciado una lotería con cien mil billetes á 4,000 rs. divididos en décimos: y del producto, equivalente á 100 millones, hubiéramos dejado los 60 íntegros para Valencia, repartiendo los 40 restantes en pocos y buenos premios, por ejemplo, uno de 10 millones, dos de 5, cuatro de á 100,000 duros y 12 de á 50,000. En estos casos, lo que tiene de inmoral el juego desaparece, porque se sabe que se vá á hacer un donativo y no una especulación, y porque tales loterías no tienen carácter permanente.

Los teatros han dado esta semana varias novedades. El Circo ha puesto en escena el *Toque de ánimas*, con éxito bastante bueno. La producción nos pareció bella, y el asunto bien tratado; el arreglo, si es arreglo, está hecho con inteligencia y acierto. La música es también de buen efecto, y el desempeño nos gustó mas que otras noches, distinguiéndose la Uzal y Obregon.

En Novedades se ha representado y durará muchas noches, una comedia de magia, titulada *Urganda la desconocida*. Desconocemos hasta ahora esta Urganda, que parece querer darse á conocer: pero las comedias de magia, aunque sean malas, tienen el privilegio de atraer concurrencia á todos los teatros: el pueblo es inclinado á lo maravilloso; los niños y las mujeres mucho mas: y el pueblo, y los niños y las mujeres, forman la mayoría inmensa del género humano.

En la Zarzuela se ha presentado el martes la señorita Castellan, que ejecutó en el violín dos piezas de gran dificultad. Según los inteligentes, esta artista, no solo se distingue por su gusto músico, sino por su maestría en el manejo del arco y su limpieza de ejecución. Los *dilettanti* madrileños esperan oírle en conciertos sucesivos.

Por esta revista, y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## LA PERSIA ACTUAL.

Al entrar por primera vez en el territorio persa, limitado por un lado por la Turquía, y por el otro por la Rusia, se experimenta una sensación agradable, que á medida que se penetra en el interior del país, se hace mayor aun por la homogeneidad física y moral que presenta éste. La Persia está formada casi en su totalidad por una larga serie de llanuras iguales; por todas partes se hallan los mismos productos, las mismas plantas, los mismos animales y hasta los mismos insectos. El que ha visto una casa y una ciudad persa, ha visto ya todas las casas y todas las ciudades de la Persia. El traje, los usos, las costumbres, y hasta las ideas, están sujetas al mismo nivel, y esta homogeneidad es tanto mas notable y característica, cuanto que los persas se diferencian de un modo muy esencial de todos sus vecinos.

Los persas aman á su patria sobre todas las cosas, aunque sin estar animados de verdadero patriotismo en el sentido que nosotros damos á esta palabra. Si por una circunstancia cualquiera de la vida, se ven obligados á abandonar su país, al hacerlo así, no sienten mas que tener que separarse de las costumbres indígenas y que habituarse á otro clima distinto del suyo. La completa indiferencia con que hablan de la conquista de su patria, tiene su explicación en la historia de su patria misma. Sabemos por la historia que ya desde la mas remota antigüedad los persas se vieron dominados por dinastías extranjeras las cuales en vez de imponerlos sus ideas y sus costumbres adoptaron las de la nación conquistada.

En el año 1730 los afganes se hicieron dueños de la Persia, pero cuando quisieron obligar á la población á que siguiera la religión y guardara las leyes de los conquistadores, estos últimos después de haber dominado por espacio de catorce años se vieron arrojados del país. Si los persas adoptan usos y costumbres extranjeras las desfigurán de tal modo, que se necesita ser muy perspicaz para poder descubrir el origen de ellas.

Esta fuerza de absorción es la que forma precisamente el poder de la nación persa. Tal vez le está reservado en el porvenir el verse sujeta bajo el yugo de una conquista; pero cualesquiera que sean las circunstancias de su situación, jamás llegará hasta el extremo de no ser mas que una provincia turca, rusa ó afgan. Dotado de un carácter tal, el pueblo persa se elevará por la razón de que la Persia es el punto central, el anillo de la cadena que une la Europa con el Asia, el extremo Oriente con el Occidente.

Por lo demás, cualquiera que sea su estado actual, este pueblo presenta en todo caso el ejemplo interesante

é instructivo de una nación que ha sabido comprender cuál era el medio de conservar su propia vitalidad. Hace ya mucho tiempo que la industria persa no puede competir con la inglesa ni con la francesa, cuyos productos son demasiado artísticos y al mismo tiempo demasiado baratos para que los persas se lisonjeen con la idea de imitar las manufacturas de estas dos naciones. Los paños y la porcelana francesa son tan necesarios á los persas como á los franceses mismos; por lo tanto no está en su interés el imitarlos sino el hacer de modo que la introducción de estos productos en los mercados de la Persia se halle lo menos gravada que sea posible.

Los recursos que tienen en sus propias industrias los ayudan de un modo tan poderoso y en tantos conceptos, que no hay motivo alguno para que teman la concurrencia de los europeos. Los habitantes de Ispahan compran una gran cantidad de tela inglesa de algodón, que por medio del tinte y del dibujo que estampan en ella, la hacen á propósito para ser usada en Persia; Yezd fabrica telas de seda que son de un uso particular para la población; Kirman fabrica chales y telas que no se encuentran en ninguna parte de Europa, y en Hamadan se hacen los cueros y tafletes de pieles de asno preparadas al efecto, los cuales son el objeto de una exportación muy considerable.

En Kaschan y Teheran, florece principalmente la industria de la fabricación de vasijas de barro y de porcelana. Las fábricas de porcelana que antes habia en Khum han cesado de trabajar á consecuencia de la grande introducción que habia de porcelana de la China, de Francia y de Inglaterra. Evidentemente los persas han sufrido un gran contratiempo en la fabricación de la porcelana, y Chardin refiere que él mismo habia visto empaquetar grandes cantidades de ella para enviarla á Europa y venderla aquí como porcelana de la China. Los raros objetos que se encuentran de ella en el día, son en efecto de una gran belleza y se diferencian de todos los demás de su clase por la extraordinaria delicadeza y por el esquisito gusto de sus adornos, pero desde hace ya veinte años no se fabrica mas porcelana en Persia. Los últimos ensayos que se han hecho en esta industria datan del tiempo en que Hussein Khan, que anteriormente habia sido embajador en París, era gobernador Schiraz. La fabricación de la loza, industria de que se ocupan ahora exclusivamente, se divide en dos clases distintas en todo; la primera son unos ladrillos pintados de diferentes colores y muy semejantes á nuestros azulejos y la segunda objetos diversos que nosotros fabricamos de loza.

Las vasijas de barro cocido como cántaros, pucheros, cazuelas, jarros, etc., son muy superiores por su materia, forma y fabricación á los objetos europeos de igual clase, pero algo mas quebradizos que los nuestros; para componerlos cuando están rotos, emplean un procedimiento exactamente igual al que se usa en Europa. En cuanto á los objetos de loza, puede decirse desde luego, que son muy inferiores á los nuestros. La masa no está nunca repartida de un modo igual y es casi imposible hacerse con alguno de estos objetos cuya forma sea del todo regular. La causa de esto, está en que como solo se sirven de estas vasijas las clases mas bajas de la población, no se piensa mas que en hacerlas baratas en todo cuanto sea posible.

Con respecto á los ladrillos de colores, sucede precisamente lo contrario. La arquitectura moderna persa requiere esta clase de adorno. Toda casa elegante debe estar revestida en ciertas partes, de estos ladrillos de colores. Por lo tanto, esta fabricación se halla en un estado proporcionalmente floreciente. Sin duda alguna no se hacen ya con la perfección que se fabricaban en tiempo del Schah Abbas, ni tampoco como los que brillan en las cúpulas de Ispahan, pero aun tales como son en el día, no se los puede negar un mérito verdadero. Están cortados con cuidado; sus capas son del todo iguales entre sí, la masa está bien trabajada, son brillantes y no varían con el frío ni con el calor. Los colores son muy diversos y el mas buscado de todos es el azul. Un ladrillo bien hecho de 25 centímetros en cuadro, se paga ordinariamente de 15 á 20 céntimos. No todos son de un solo color, sino que los hacen de varios colores y que representan arabescos, flores, animales y hasta retratos. Los precios de estos son siempre algo mas elevados y los mas perfectos; á los que puede considerarse como verdaderos cuadros, se pagan hasta la equivalencia de dos reales cada uno.

Aun cuando no puede menos de confesarse que la industria persa es muy inferior á la europea, no sucede sin embargo lo mismo con el comercio. Los persas son comerciantes muy diestros, y en este concepto no tienen nada que aprender de los europeos. Se los puede presentar el asunto mas difícil y mas complicado en la seguridad de que inmediatamente descubrirán sus beneficios y sus perjuicios. Rara vez sucede que se equivoquen en sus cálculos.

El gobierno persa puede realizar de la mejor manera posible el progreso que trata de llevar á cabo, si favorece en grande escala la producción de las materias necesarias para la industria. Las consecuencias de esto serian extraordinariamente beneficiosas en un país en el que la hermosura del clima y la fertilidad del suelo favorece toda clase de cultivo. Algodón, seda, lana, arroz, opio, rubia y otras plantas tintóreas que poseen, son manantiales inagotables de riqueza.

Todos estos productos de la naturaleza prosperan perfectamente en Persia y no se necesita mas que hacer que se propague su cultivo para aumentar su producción, y en este caso hay la completa seguridad de que por grande y considerable que sea la introducción de mercancías europeas en los mercados de la Persia, aquellas mismas materias en bruto serán mas que suficientes para pagar estas últimas sin tener necesidad de los metales preciosos.

Para lograr este resultado tan apetecible, es preciso ante todo mejorar mucho las vias de comunicación. En el estado actual de los caminos es preciso llevar las mercancías de un punto á otro en mulas ó en camellos. Muchas veces son tan malos los caminos, que es necesario servirse de asnos y de bueyes.

Esta clase de transporte que hace necesariamente que se prolongue mucho el tiempo de estar empaquetadas las mercancías, y en el que aquellas cuyo peso excede al de la carga de un camello, no pueden enviarse de un punto á otro, aumenta los gastos de un modo considerable.

Una mejora no menos de desear para la Persia, es la ejecución de ciertos trabajos hidráulicos. El clima seco de la Persia hace necesario el que la mayor parte de sus campos haya que regarlos durante el verano. Seria, pues, de la mayor conveniencia el adoptar las disposiciones necesarias, á fin de reunir en muchos puntos el agua que después de derretirse la nieve se pierde en algunas horas sin aprovechamiento ninguno.

Convendría también hacer que volvieran á su patria las familias persas que han emigrado á las montañas del Kurdistan, á Bagdad y á las Indias orientales y atraer las tribus de los belutchis y de los turcomanos para que se fijaran en el interior de la Persia.

El mero hecho de las relaciones diarias entre el comercio europeo y los indígenas, produciria grandes variaciones y acaso se pensaria también después en la explotación de las minas. El carbon de piedra, el cobre, el plomo y el estaño que se encuentran en abundancia en diferentes cordilleras de la Persia, servirian para enriquecerla, y su bienestar se aumentaria de un modo considerable por medio del cambio de los productos indígenas por las mercancías de los países europeos. Se puede deducir cuán grande es ya este cambio en la actualidad, si se tiene en cuenta que Francia saca anualmente de Persia, sin contar otras materias en bruto, 1,500,000 kilógramos de seda que representan un valor de 70.000,000 de reales aproximadamente.

A.

## POMPEYA Y LOS POMPEYANOS.

(CONTINUACION.)

Este era probablemente la localidad del pueblo, que se colocaba en las graderías superiores, á donde se llegaba por vomitorios (puertas) superiores. En cambio no habia vomitorios laterales.—Se entraba directamente por grandes puertas á la orquesta, desde donde se subia á las cuatro gradas de la cavea mas baja encorvada en forma de gario en sus estremidades, y separada de la cavea media por un parapeto de mármol, terminado por garras de leon vigorosamente esculpidas. Observamos entre las esculturas un Atlas recogido, agachado, doblado, sosteniendo en sus espaldas y en sus brazos doblados hacia atrás, una plancha de mármol, apoyo de un vaso ó de un candelabro. Atlético esfuerzo violentamente hecho. Encima de la orquesta se extendian los *Tribunalia*, recordándonos nuestros palcos de proscenio, que eran en Roma el lugar de las Vestales; en Pompeya probablemente el de las sacerdotisas públicas de *Eumachia*, de que ya conocemos la estatua, ó de Mamia, cuyo sepulcro hemos visto. Las gradas de las tres localidades eran pedruscos de lava; véanse aun las ranuras para colocar los pies, para no molestar á los espectadores que se sentaban en las gradas inferiores. Recordemos que los mantos romanos eran de lana blanca, y las sandalias de la época tan susceptibles de enlodarse como nuestras botas. Los ciudadanos de la cavea media llevaban consigo sus cogines donde plegaban en sus bancos, antes de sentarse, sus immaculadas togas. Era preciso preservarlas del lodo y el polvo, sobre el que habian andado los que llenaban las gradas superiores.

El número de graderías era de diez y siete, divididas en secciones á cuñas por seis escaleras y en asientos por líneas marcadas en la piedra. Se llegaba á las gradas superiores por vomitorios, y por un corredor subterráneo. La orquesta formaba un arco, cuya cuerda estaba indicada por una franja de mármol, con esta inscripción. *M. Olconius-M. F. Verus pro ludis.*

Este Olconius ó Holconio era sin duda el hombre mas célebre de Pompeya. Su nombre se leía en todas partes, en las calles, en los monumentos, en las paredes de las casas.

Dos grandes ventanas laterales daban luz á la escena, que estando abierta necesitaba de claridad. La decoración del fondo no estaba esculpida, sino pintada y abierta por cinco puertas en vez de tres: las de la estremidad,



marcadas por bastidores móviles, daban tal vez entrada á las tribunas de las sacerdotisas.

Penetremos ahora entre bastidores. Se llegaba por el cuartel de los gladiadores, á una sala con columnas, que serviría probablemente de estufa ó de vestuario á los actores ó comediantes. Un célebre mosaico de la casa del poeta (ó del joyero), representa un ensayo escénico. Se ve allí al coregio rodeado de caretas y otros accesorios, (el coregio era el empresario y el representante), haciendo decir sus papeles á dos actores disfrazados de sátiros; detrás de ellos otro cómico ayudado de un guardaropa cualquiera, se esfuerza en ponerse un traje amarillo, que parece ser muy estrecho para él.—Hemos dicho que el Odeon daba al cuartel de los gladiadores. Se ha creído por mucho tiempo que este edificio era el cuartel de la tropa, porque en él se han encontrado armas; pero siendo demasiado fastuoso para pertenecer á la soldadesca, estas mismas armas han inspirado al señor Garrucci, la idea, aceptada hoy, de que las habitaciones que rodeaban la galería debían de estar ocupadas por gladiadores. Estas habitaciones se componían de unas sesenta celdas; pero es de creer hubiese sesenta gladiadores en Pompeya, cuando se anunciaban en programa treinta pares de gladiadores que debían pelear en el anfiteatro.

Para poder ver á los gladiadores sobre las armas, es preciso pasar por encima de la parte de la ciudad que no se ha descubierto aun, al través de viñas y de huertos; y en un rincón de Pompeya, al Sud-este, como en el fondo de una torrentera se descubre el anfiteatro. Es un circo rodeado de graderías y empotrado en las murallas de la ciudad. El muro exterior es poco elevado; se asemeja á un buque inmenso encallado profundamente. De este muro exterior quedan dos grandes arcos y cuatro escaleras que suben hasta la cumbre del edificio. La arena se llamaba así á causa de la capa de tierra que la cubría y que absorbía la sangre.

Se llega á ella por dos grandes corredores abovedados y embalsados, de un declive muy grande. Uno de ellos estaba reforzado por siete arcos que sostenían el peso de las graderías. El uno y el otro cortan un corredor transversal y circular, y mas allá se ensanchan. Por allí los gladiadores armados á pie y á caballo al ruido de los clarines y atambores, desembocaban en la arena, que paseaban antes de entrar en liza; volvían acto continuo y entraban dos á dos, según el órden del combate. A la derecha de la entrada principal, se abría una puerta sobre dos habitaciones cuadradas y enrejadas, donde probablemente se encerraban las liebras. Otro corredor muy estrecho conducía desde la calle á la arena, cerca de la cual por una escalerilla se subía á una pequeña habitación redonda, aparentemente el espoliatorio, donde desnudaban á los gladiadores muertos.

La arena formaba un óvalo de sesenta y ocho metros sobre treinta y seis. Estaba rodeada de un muro de dos metros de altura, sobre el cual se ven aun los clavos donde se metían las rejas y alambreras espesas para precaver al público contra los saltos de las panteras. En los grandes anfiteatros, alrededor de esta muralla ó parapeto, se extendía un foso que llenaban de agua para atemorizar á los elefantes que se creían rabiosos.

Pinturas é inscripciones cubrían el muro ó el *podium* de la arena. Estas inscripciones nos enseñan los nombres de los duumvros, (N. Istacidius, A. Audius, O. Cæsetus, Sextus Capito, M. Gaurius, Marcellus) que en lugar de los juegos y de las iluminaciones que hubieran debido pagar entrando en gastos, habían hecho construir tres cuñas bajo las órdenes de los decuriones. Otras inscripciones nos hacen saber que otros dos duumvros Cayo Quintio-Valgus y Marco Portio, duumvros quinquenales, habían instituido á sus espensas los primeros juegos, para honor de la colonia y habían cedido el terreno del anfiteatro.

Recorramos ahora el conjunto las graderías el *visorium*. Tiene el circo tres caveas como el teatro; la última dividida por entradas y escaleras particulares de diez y ocho sitios, la media y la superior divididas en cuñas; la 1.<sup>a</sup> por veinte escaleras, la 2.<sup>a</sup> por cuarenta. Alrededor de esta había una cerca, cortada por vomitorios, y formando una plataforma sobre la cual podían estar de pie gran número de los que llegaban tarde; y desde donde se efectuaban las maniobras necesarias para correr el *velarium*. Todo esto formaba un conjunto de treinta y cuatro graderías, en las cuales podían colocarse unos veinte mil espectadores. Nada mas sencillo y mas ingenioso que el sistema de salida que hacía posible y fácil la circulación de esta multitud inmensa; el corredor circular y abovedado que sobre las gradas daba vuelta al redondel conducía por un sinúmero de escaleras distintas á las graderías de la cavea media y de la inferior, mientras que otras escaleras superiores impelían al pueblo al último piso que le estaba destinado. Se admira uno de ver un anfiteatro tan grande en una ciudad tan pequeña. Pero no olvidemos que Pompeya atraía á sus fiestas los habitantes de las ciudades circunvecinas; y la historia cuenta respecto á este asunto una anécdota que merece mencionarse.

El senador Livonio Régulo, espulsado de Roma, y refugiado en Pompeya, había ofrecido á esta pequeña ciudad hospitalaria un espectáculo de gladiadores. Mucha gente de Nócera había acudido á la fiesta; ocurrió una riña (provocada probablemente por la rivalidad muni-

cipal, eterna llaga de Italia), y de las palabras se pasó á las pedradas, de estas á las estocadas, y hubo heridos y muertos. Menos numerosa la gente de Nócera fue derrotada y acudió á quejarse á Roma. El asunto se sometió al emperador que lo envió al *Senado*, el cual, despues de oído el informe de los cónsules, prohibió por diez años los espectáculos en Pompeya. En la calle de Mercurio se ha encontrado una caricatura que recuerda este castigo.

(Se continuará.)

M. M.

### MIQUELDICO-IDORUA.

Allá por los años de 1560 un docto caballero que había nacido y residía en la villa de Mondragon, distante tres leguas de la de Durango, se dedicaba al estudio de las antigüedades vascongadas, á fin de escribir una historia, é hizo objeto de sus estudios las del Duranguesado, cuyos valles y montañas recorrió, reconociendo peñascales, templos, fortalezas, ruinas, lápidas y sepulcros, entre estos últimos, los que existen en la loma de Arguñeta, cerca de la villa de Elorrio situada á dos leguas de Durango. Aquel caballero se llamaba Estéban de Garibay y Zamalloa, y el libro que resultó de sus estudios se titula *Compendio historial de España*. Pues aquel curioso y sabio arqueólogo, que todo lo examinaba, que en todo lijaba su atención, que no desdeñaba la tradición popular, ni aun las habillitas del vulgo para someterlas al crisol de su docto criterio, no encontró en el Duranguesado piedra alguna que pasase por ídolo, y lo mismo sucedió á otros que antes y despues que él escribieron de las cosas de Vizcaya, no sin haber recorrido toda esta tierra y examinado todas sus antigüedades y curiosidades.

Pasaron años y años, y por los de 1634 otro caballero llamado don Gonzalo de Otálora y Guisasa, natural de Durango, pero residente en Sevilla quizá desde su infancia, escribió é imprimió en aquella ciudad un opusculillo titulado *Micrología del asiento de la noble merindad de Durango*, en el cual incluyó los siguientes renglones:

«Hay (en la merindad de Durango) antigüedades notables, y las mas en las lomas y altos. Las mas vistosas son en una ermita de la villa de Durango, llamada Miqueldi, donde se ve una gran piedra asi monstruosa en la forma como en el tamaño, cuya hechura es una Abada ó Reinoceronte, con un globo grandísimo entre los pies y en él tallados caracteres notables y no entendidos, y por remate una espiga dentro de tierra, donde está eminente de mas de dos varas. Está en campo raso (causa de mostrarse deslavado). No se tiene memoria de él, si bien corre por ídolo antiguo.»

Mas de un siglo despues de escribir esto Otálora, escribía el padre maestro fray Enrique Florez la *España sagrada*. Este ilustre escritor pertenecía á la órden de San Agustín, y entre los escritores jesuitas y agustinos, existía una rivalidad tan lamentable é indigna de hombres consagrados al servicio de Dios, y á difundir la verdad, que bastaba que los jesuitas dijese que la nieve era blanca, para que los agustinos dijese que la nieve era negra. El padre Gabriel de Henao y el padre Manuel de Larramendi, ambos de la Compañía de Jesus, habían sostenido que las provincias vascongadas formaron parte principal de la Cantabria, y no fueron dominadas por cartagineses, romanos, ni mahometanos. Pues bastó esto para que el padre Florez, por otra parte hombre, aunque docto, apegadísimo á sus opiniones, sostuviese todo lo contrario que habían sostenido Henao y Larramendi, no menos doctos que su antagonista. Como prueba de las pequeñeces á que arrastraba al padre Florez este antagonismo, baste decir que el sabio agustino cuando nombraba á la compañía fundada por San Ignacio de Loyola, ponía especial cuidado en decir: «la llamada Compañía de Jesus» y no lisa y llanamente «la Compañía de Jesus» como decían y aun dicen todos.

El padre Florez, que andaba á caza de monumentos para probar que las provincias vascongadas fueron dominadas por los dominadores del resto de la península; el padre Florez, que no encontrando estos monumentos tenía que inventarlos; el padre Florez, que se veía negro con el hecho irrecusable de haber conservado estas provincias su antiquísimo idioma, al paso que perdieron el suyo y adoptaron el de los invasores las provincias que se sabe fueron invadidas y dominadas; el padre Florez vió el cielo abierto cuando vió lo que Otálora decía del Reinoceronte ó Abada de Miqueldi, y escribió lo que sigue:

«Otro insigne monumento de antigüedad persevera en Vizcaya en el territorio de Durango, junto á la ermita de San Vicente, cuyo dibujo conseguí á fuerza de tenaces y repetidas diligencias por las varias espresiones con que me le ponderaban, y no faltaba dificultad á causa de hallarse en des poblado y lo mas cubierto de tierra. Llámamele *Ídolo de Miqueldi*; y su figura es en esta forma.»

(Aquí da el padre Florez el dibujo que reproducimos en este mismo número, y que mas adelante examinaremos.)

«Tiene dos varas y tercia de largo: en alto, vara y media: de grueso, dos tercias; y todo es de una pieza de piedra. Mi principal deseo era por si mantenía letras cuyo carácter, ya que no hubiese cláusulas perceptibles, descubriese el tiempo ó nacion que le erigió, si de griegos, romanos ó españoles antiguos, pues don Gonzalo de Otálora en el papel que imprimió en Sevilla, 1664, *Micrología geográfica del asiento de la noble merindad de Durango*, folio 6, dice que tenía *caracteres notables y no entendidos*. Hoy no muestra letras, y solo se conoce lo que va figurado, cuyos lineamentos son lo mismo que llaman toros en Guisando, Avila y puente de Salamanca, á quienes dieron aquel nombre de cuadrúpedo comun los que no conocían la figura de elefante, cuyos perfiles, aunque toscamente formados, ó ya desfigurados, muestran los tales monumentos: y en efecto, el citado Otálora le calificó de *Abada ó Reinoceronte*. El elefante es símbolo de Africa de que usaban los cartagineses que tanto dominaron en España, y para denotar lo que se iban internando, erigían estas piedras con aquella figura. Algunos caminaron hacia el Norte, y llegando hasta Durango, dejaron allí esta memoria. El globo que tiene entre los pies, simboliza el Orbe, y lisonjeándose de señores de todo, pusieron el elefante encima como que Africa dominaba el orbe: y si Chanaan no tuviera sobre sí la maldición de Noé (de que sería siervo de sus hermanos), tuvieran sus descendientes los fenicios africanos puerta abierta para entrar á dominar el orbe desde que Aníbal venció á Roma en la derrota de Cannas.»

«Pero en fin, mencionado este monumento por inédito y raro á causa de la figura del globo ó de la tierra dominada por el elefante, que tiene debajo la figura, solo puede servir, á que donde llegó el africano mejor penetraría el romano que dominó toda España.»

Esto dice el padre Florez en el discurso preliminar al tomo XXIV de la *España sagrada*. Hanme asegurado que Buchardat cuenta en sus *Elementos de historia natural*, «que en los alrededores de Durango existe un meteoro metálico, que visitó el baron Humbolt, quien calculó su peso en cuatrocientos quintales.»

Muchísimas citas pudiera yo añadir á estas, pues desde el chocho de Otálora (asi le llama el curioso y erudito Ozáeta, que en su *Cantabria vindicada* refutó lucidísimamente al padre Florez) ha dado mucho que hablar y que escribir Miqueldico-idorua; pero bastan y sobran estas para mi propósito, reducido á sostener que la escultura de Miqueldi no es monumento de cartagineses, ni romanos, ni ningun otro pueblo extranjero, y mucho menos monumento religioso.

Concíbese que Otálora escribiese lo que escribió, porque su opúsculo prueba que era hombre falto de instrucción y criterio, y hasta de gramática. Habían caído en sus manos unos cuantos libros de todos conocidos, tenía afición á las cosas de su patria como todos los vascongados, recopiló en cuatro pliegos de papel lo que aquellos libros decían acerca del Duranguesado, y añadió de su cosecha cuatro especies que conservaba medio borradas entre los recuerdos de su niñez. Probablemente desde ésta habria estado ausente de la tierra natal, y hasta su obrilla hace creer que había olvidado la lengua nativa. Yo sé muy bien cuán espuesto está á errar el que escribe de las cosas de su país, lejos de él, y ateniéndose solo á los recuerdos de la infancia, pues he escrito con estas condiciones, y desde que he vuelto á mi país, todos los dias tengo necesidad de rectificar ideas y aserciones que ausente de Vizcaya estaba muy lejos de sospechar necesitasen rectificacion. Lo que no se concibe, es que el padre Florez, tan sabio y tan lógico cuando no le cegaba la pasión, escribiese lo que escribió con referencia á la escultura de Miqueldi.

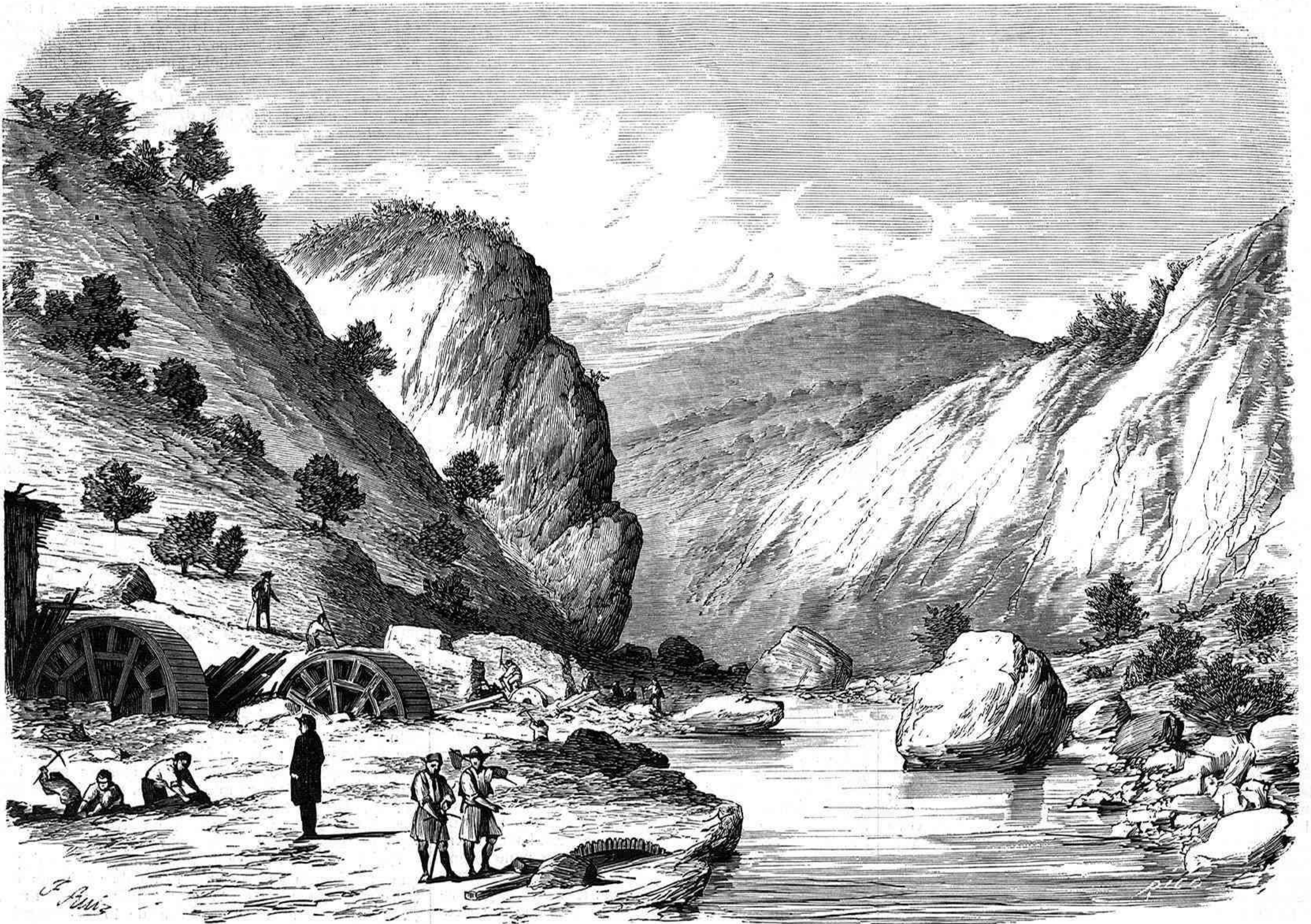
Pero volvamos á Otálora. ¿De dónde sacó el hijo de Durango, que la piedra de Miqueldi «corria por ídolo antiguo», porque cuando el río suena, agua lleva; y cuando á su oído había llegado la palabra *ídolo*, alguno la habria pronunciado? ¿Fue Otálora el primero que pronunció esta palabra con relacion á la piedra de Miqueldi, para dar á aquella piedra mayor importancia? A estas preguntas tengo que contestar negativamente. Otálora habia, en efecto, oído en su niñez llamar á aquella piedra ídolo ó cosa parecida.

Don Fausto Antonio de Veitia, hijo tambien de Durango, y fallecido pocos años há, dejó manuscritas noticias muy curiosas de aquella villa y sus cercanías, y estas noticias han sido ampliadas por don Ramon de Echazarreta, asimismo natural y vecino de Durango, y caballero muy ilustrado y aficionado á las letras. Haciéndose cargo el señor Veitia de los absurdos del padre Florez, dice:

«Es necesario imponerse en la práctica de lo que sucede en este país, donde es comun llamar á todo objeto feo *ídolo*, porque se tiene esta palabra por demostracion ó esplicacion de la mayor fealdad. Si hoy mismo se pusiera una piedra que representase algun objeto ó figura estraña ó fea, la llamarían ídolo. No solo dan este nombre á semejantes objetos, sino aun á aquellas personas feas, pesadísimas, de tardo espediente en sus acciones.»

Aquí tenemos ya esplicado el por qué la palabra *ídolo* habia sonado en los oídos de Otálora; pero por si esta esplicacion no bastase, allá va otra que acabará de satisfacer á los mas descontentadizos. «Si Otálora no hu-





INUNDACIONES DE VALENCIA.—VISTA DEL SITIO QUE OCUPABAN LAS FÁBRICAS DE LOS SEÑORES APARICIO Y FILLÓL, ENGUERA, CUYA PÉRDIDA SE CALCULA EN UN MILLÓN DE REALES.

biese olvidado el vascuence en Sevilla, dice Ozáeta, podía conocer por la etimología misma (que siempre define la cosa, como dijo un poeta: *conveniunt rebus nomina saepe suis*) que la voz primitiva de estas piedras no fue la de *idelua*, sino la de *idorua*, esto es, cosa encontrada. Corrompióse el nombre con la mudanza de la *r* en *l*, y por decir *Miqueldico-idorua* (cosa hallada en Miqueldi), se dijo *Miqueldico-idolua* (ídolo de Miqueldi). Esta equivocación se le imprimía en los cuentos de la niñez.»

Y no vaya á creerse que Ozáeta inventó arbitrariamente, porque conviniese á sus fines, la palabra *idorua*, con la significación de cosa encontrada: Ozáeta escribía en 1779 y cuarenta años antes había dado á aquella palabra la misma significación el sabio Larra-

mendi en su *Diccionario trilingüe*, y yo mismo la estoy oyendo pronunciar todos los días en idéntica acepción en nuestras villas y aldeas. Queda, pues, demostrado que Otálora oyó campanas sin saber dónde. Si merece disculpa este error del cándido micrologista de la merindad de Durango, no así otros errores en que incurrió, tales como estos: 1.º, que la piedra tenía hechura de Abbada ó Reinoceronte; 2.º, que era un globo lo que tenía entre los pies; 3.º, que en este globo estaban tallados caracteres notables; y 4.º, que tenía por remate una espiga dentro de tierra.

En 10 de abril del presente año (1864), pasamos á Durango don Juan Delmas y yo con objeto de examinar las antigüedades de aquella villa y sus cercanías. El señor Delmas, que es muy aficionado á la arqueología y muy inteligente en cuanto tiene relación con la arquitectura, la escultura y la pintura, se ocupaba á la sazón y aun se ocupa en escribir una Guía histórico-descriptiva del señorío de Vizcaya, y yo iba con objeto de continuar mis estudios de las antigüedades de Vizcaya, que tengo el deber de conocer y describir (1). El cacareado *ídolo* de Miqueldi, que ni uno ni otro habíamos visto aun, era lo que más excitaba nuestra curiosidad. Antes de entrar en la villa, tomamos una estrada que por la izquierda tira hácia el río, y á cuyo término veíamos una ermita (que en lo antiguo fue iglesia juradera) y una ferrería ó martinete. Nos hacíamos ojos buscando la famosa piedra, cuando como á veinte pasos antes de llegar á la ermita de San Vicente de Miqueldi, á la derecha del camino y entre los arbustos y zarzas que forman el seto de una heredad, nos pareció descubrir una gran

piedra arenisca, casi del todo enterrada y empezada á rozar por las ruedas de los carros. Sospechando que aquel fuese el insigne monumento, cuyos descubrimientos tan tenaces y repetidas diligencias, por hallarse en despoblado, costó al padre Florez, empezamos á despejarle de tierra y broza, y en efecto, le descubrimos lo bastante para convencernos de que habíamos dado con lo que buscábamos; pero como carecíamos de medios para desenterrar por completo la piedra, aplazamos para la mañana siguiente aquella operación.

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.

## A LAS INDIAS.

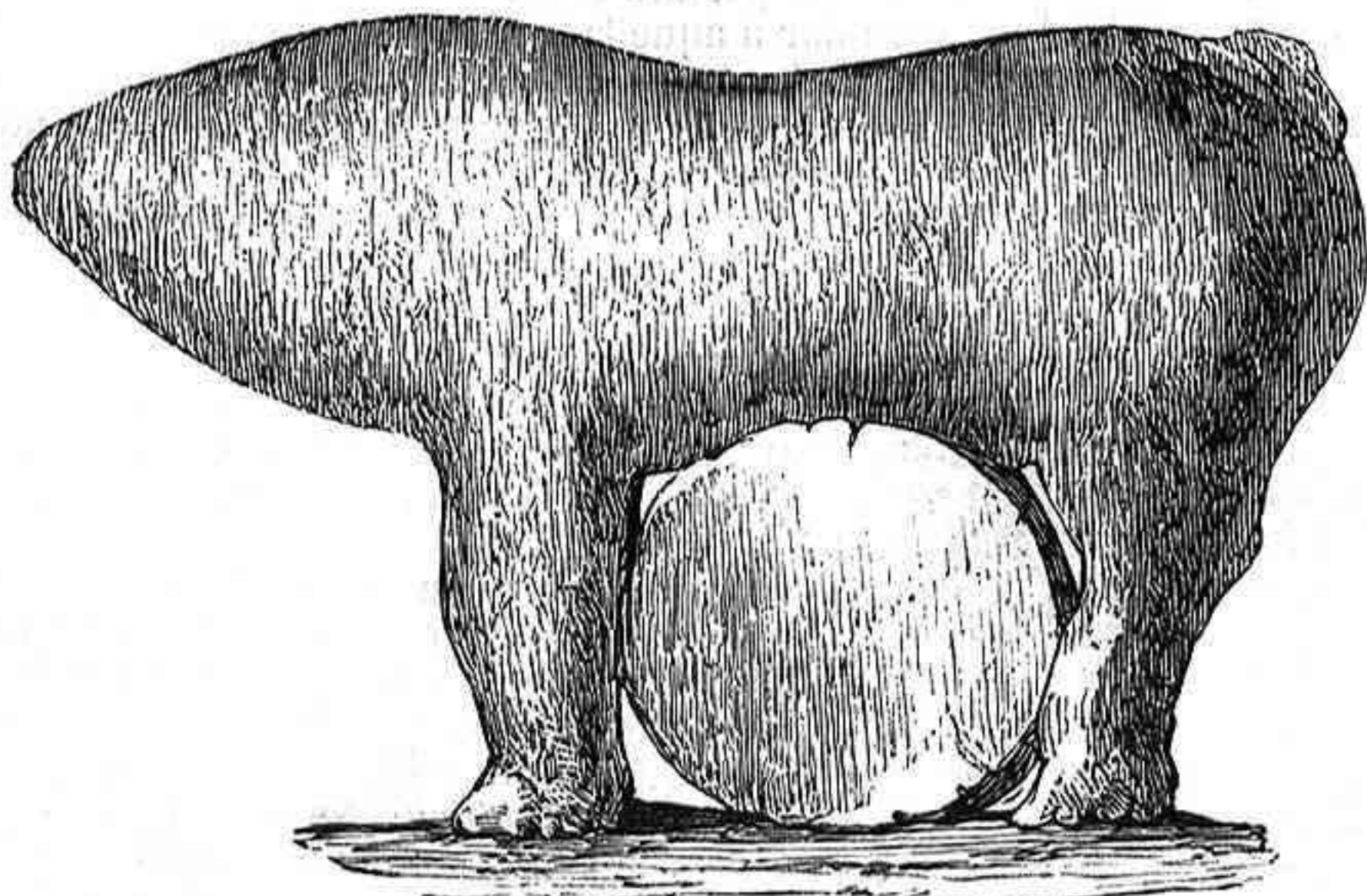
(CONCLUSION.)

### III.

Ahora, si el lector lo consiente, que sí lo consentirá, pues no le cuesta dinero ni cosa que lo valga, vamos á trasladarnos con la escena á otra parte.

Estamos en el magnífico muelle de Santander.

Como de ordinario, multitud de carros, bultos de mercancías, básculas, maquinaria, corredores, dependientes, comerciantes, marineros, pescadoras, vagos y curiosos forasteros, en el mas agitado y estrepitoso desorden, le hacen intransitable desde la Ribera al café Suizo. Fijémonos un instante en este último punto, como el mas despejado. Frente á su puerta pasan tres personajes que nos son muy conocidos, y siguen, sin detenerse un segundo ante las vidrieras del establecimiento para ver sus espejos y divanes, hácia la punta del muelle. Estos personajes son Andrés, su padre y su madre. El primero en medio de los otros dos, metidas las manos en los bolsillos de sus anchos pantalones, tiradas hácia la espalda las solapas de la levita consabida, y el hongo muy calado sobre el cogote; el tío Nardo á la derecha, con su vestido nuevo de paño pardo, y su mujer al otro lado, con muselina blanca á la cabeza, la saya morada de los domingos echada sobre un hombro



Escala de dos varas y media.  
(MIQUELDICO-IDORUA.)

(1) El autor de este artículo es Archivero y cronista de Vizcaya.



Y su tímida luz vertió una estrella,  
y el eco de los bosques sollozó.

## II.

El crepúsculo naciente  
refleja su tibia luz  
sobre el cristal de la fuente  
que en el prado, dulcemente  
resbala al pie de la cruz.

Ya comienzan á llegar,  
su cántaro en la cabeza,  
las vecinas del lugar,  
y gozan en contemplar  
en el agua su belleza.

Sobre un caballo ligero  
cruza en tanto por el prado  
misterioso caballero  
en ancha capa embozado  
y hasta la ceja el sombrero.

La flotante rienda tira,  
ya de la fuente cercano;  
párase el bruto; respira  
el ginete; alza la mano  
á su frente; en torno gira

Su cautelosa mirada;  
muestra un semblante que aterra,  
de palidez estremada,  
y con voz entrecortada  
esclama, saltando en tierra:

—«De sed y cansancio muero.»  
—«Venid, dice una aldeana,  
á beber, buen caballero»  
y da su jarro al viajero,  
quien por llenarlo se afana.

Mas de pronto lanza un grito,  
y de la fuente al reflejo,  
que contempla de hito en hito,  
ve dibujarse en su espejo  
la sombra de su delito.

El trasparente cristal  
todo en sangre se convierte;  
tórñase el jarro en puñal,  
y surge el rostro fatal  
del hombre á quien dió la muerte.

—«Yo fuí el matador, yo fuí,  
y la víctima sangrienta  
se levanta contra mí,  
que viene á pedirme cuenta  
del crimen que cometí.»

«¡Socorro, socorro!» grita.  
«En vano es huir, en vano...  
Mirad, sus brazos agita  
y hácia mí se precipita  
y me sujeta su mano.»

Palpitante el corazón,  
las aldeanas sencillas  
se acercan en confusion  
para ver las maravillas  
de aquella horrible vision;

Y al fondo del arroyuelo,  
bañado por tibia luz,  
ven, entre el húmedo velo  
el reflejo de la cruz  
sobre la imagen del cielo.

## LA INUNDACION DE ALCIRA.

## LAS NUPCIAS Y LA MUERTE.

Diferentes veces oí hablar á mi buen padre de los viajes que habia hecho en coches de colleras, invirtiendo quince ó mas dias de Madrid á Valencia; y confieso ingenuamente que, todo bien considerado, y tratándose solo de viajes de recreo, ofrece muchos mas atractivos, por lo general, el antiguo medio de locomocion, que nuestros modernos ferro-carriles; y digo por lo general, porque á la verdad, para atravesar la Mancha, aquel medio será mejor, que mas pronto nos saque de ella.

Yo no he conocido los coches de colleras; y á Dios gracias nunca he tenido necesidad de hacer dicho viaje en mensajerías mas ó menos aceleradas; pero le he hecho en diligencia, y confieso que desde la cuesta de la Reina, hasta el pie del puerto de Almansa, las horas me parecían siglos; y momentos hubo en que me acometió ese género de desesperacion que suele apoderarse de los espíritus melancólicos en la navegacion á Filipinas por el cabo de Buena-Esperanza.

Ahora nos vamos familiarizando con la celeridad de la locomotora, y cuando emprendemos nuestro viaje en el tren de la mañana, pasamos horas fatales hasta perder de vista las monótonas llanuras, que seguramente no creó Dios para halagar el sentido de la vista.

En efecto: pasado Aranjuez y su fértil y frondosa comarca, hermosísimo ramillete que, á manera de delicioso oasis, se encuentra en medio del Zahara ibérico, la vista se fatiga en vano buscando un punto que corte esa llanura interminable, cubierta de amarillentos rasfros ó verde trigo, segun la estacion, sin mas acci-

dentos que pequeñas colinas sin vegetacion, viejos y melancólicos molinos de viento, pueblos pajizos y charcos pantanosos. En ocasiones, todo esto aparece cubierto de nieve y hielo, como una sábana sin fin, que daña los ojos y entristece el espíritu.

Pero al entrar en el término de Mogente, en la provincia de Valencia, cambia de pronto el aspecto del pais, y las encumbradas y caprichosas rocas, donde crecen con asombrosa profusion el romero, el tomillo, el palmito, el torbisco y multitud de otras yerbas de distintos matices, el siempre verde y corpulento algarrobo, el lozano olivo y el esbelto pino, nos hacen sentir la proximidad de un paisaje mas aneno.

Mas por muy prevenido que esté el viajero en favor de la hermosura del cuadro que va á ofrecerse á sus ojos, y que gradualmente se desenvuelve á medida que desciende hácia el nivel del Mediterráneo, y vá dejando atrás las cordilleras de la Sierra de Enguera y los montes del valle de Albaida, de seguro le aguarda una sorpresa inesperada, y por demás agradable.

Ya, al bordear la falda del castillo de Játiva, le encanta el delicioso valle que cierran por entrambos lados dos empinados cucuruchos de forma cónica, en cuyas cúspides se elevan dos ermitas blancas y pintorescas, debajo de las cuales muchas veces brama la tempestad. Hermosos son sus campos sembrados de moreras, á cuyo pie serpentean las límpidas aguas de su rio, murmurando blandamente sobre lecho de lucientes guijas; pero todavía le queda que subir la cuesta de Manuel y traspasar las lomas que descienden del valle llamado Vallidigna, antes de dar vista á la que, no sin orgullo, apellidaré maravilla de España.

A mano izquierda se estiende magestuosa la aromática sierra entre cuyas sinuosidades se oculta el sol al ponerse; á la derecha las plateadas aguas del lago de la Albufera sembradas de islotes, y separadas por la línea oscura, que forman los picos de la Dehesa, de la inmensa faja con que el Mediterráneo orla las playas deliciosas de mi patria; delante de los ojos, bosques interminables de árboles frutales, sobre los que descuellan, ora aislados, ora en grupos, el atrevido tronco y gracioso penacho de la palmera, y el frondoso y copudo nogal; y todo esto interrumpiendo aquí y allá en largos espacios la aterciopelada alfombra de verde esmeralda, con fondo de plata, que simulan maravillosamente los ricos arrozales.

Un cielo azul y trasparente sirve de bóveda á este paraíso; y como brotando de su suelo, se elevan por todas partes, pueblos, caseríos, alquerías y chozas blanqueadas, que sirven de morada á esa inmensa multitud de hombres alegres y laboriosos, que pueblan los campos, forzando á la tierra á producir, y dando al viento sus cantares.

En mas de un sitio el wagon pasa rozando las ramas de los manzanos y naranjos, cargadas de fruto que puede cogerse con la mano desde la ventana del coche; y hay otros en que la vista penetra holgadamente hasta el interior de la choza, donde reina el aseo y el orden, que hacen agradable la sencillez y hasta la pobreza de sus habitantes.

No lo dudeis: de ese pais que, á grandes rasgos he tratado de pintaros, sale gran parte de la riqueza que devoramos: en ese pais tiene su asiento la alegría... ¡Ah!... ¿qué dije?... ¡No por cierto! ¡Ese pais fue rico, es verdad! ¡Fue alegre!... Pero hoy... Dios que contemplaba con sonrisa esa encantadora comarca, obra de su mano poderosa, apartó de ella sus ojos por un momento, y la calamidad y la destruccion la invadieron bramando, y convirtieron en un punto en campo de desolacion y de lágrimas el antiguo paraíso de España.

¡Hoy, al descender de los montes, contempla el viajero con asombro aquellas inmensas lagunas sembradas de restos de manufacturas, de troncos derribados, de enormes peñascos, de cadáveres de hombres y animales; aquellos montones de ruinas que antes fueron pueblos; aquellos seres tristes, abatidos, famélicos, desarraigados, que vagan atónitos por las montañas vecinas, con el corazón helado, hasta insensible á la desastrosa muerte de sus mas allegados parientes, á la pérdida total de cuanto poseian en el mundo!

¡La ribera del Júcar fue el pais de la abundancia y de la hermosura!... ¡Hoy es un sitio de horror y de espanto!

¡Alcira, Alcira! Tú tenias tus santos tutelares, en quienes antiguamente ponias tu fe; y ellos imploraban del Todopoderoso el perdón de tus pecados; y un dia y otro dia apartaron de tí la mano vengadora del Eterno, logrando gracia y perdón de Aquel, que solo desea se lo pidan para otorgarlo. En vano repetidas veces hinchó su espumoso lomo el caudaloso Júcar, y nutriéndose con las vertientes de los montes, y armándose con peñascos y maderos, te acometió rugiente y devorador: la sombra protectora del inmortal Bernardo velaba sobre tus viejos muros, y el Júcar te ceñía furioso con sus crispados brazos; pugnaba inútilmente por conmoverte, y corría estruendoso á ocultar su impotencia en el Mediterráneo; y tú en tanto dormias tranquila y reposada en brazos de la confianza divina. Pues ¿cómo hoy te miro convertida en runas, y por entre tus escombros veo correr las aguas del Júcar, como en su lecho? ¿Quién te entregó en manos de tu enemigo?

¡Oh, desventurada Alcira! ¡No; no seré yo quien te eche en rostro, en el dia de la tribulacion, que acaso olvidada de Dios vivias en tí misma y para tí, haciéndose hija de ira y perdicion, la que Dios habia escogido reina de su Paraíso! Bien sé que abrirás tus ojos á la luz, que los elevarás al cielo, y que encontrarás la mirada de nuestro dulce Padre, quien al verte tan desolada, trocará su enojo en piedad, y desnudando de severidad su augusta frente, te abrirá los brazos con regocijo y amor, y te levantará del abismo, y te sentará de nuevo pujante y bella sobre sólida base.

Pero en tanto, llorad hermanos míos, los de Alcira, y permitid que yo mezcle mis lágrimas con vuestras lágrimas; y lloren con nosotros cuantos os amen, y cuantos sientan en sus entrañas palpitar la piedad!

Esto decia yo, contemplando los restos de la que fue Alcira, con el corazón desgarrado de dolor.

Multitud de hombres llegados de la capital y de otros pueblos, removian las ruinas, desenterrando cadáveres, y nuevos alaridos de desesperacion venian á cada instante á mezclarse al inmenso alarido que de continuo ensordecia el espacio.

Yo no podia trabajar con la azada; y sintiéndome avergonzado de ser un simple curioso donde todos hacian alguna cosa en favor de la desdicha, me decidí á prestar el único servicio á aquellos infelices que estaba á mi alcance: el de hablarles con amor, y tomar parte en sus penas para mitigarlas.

Vi sentada sobre el monton de escombros de una que fue casa, hácia la parte mas baja de la poblacion, una mujer con el pelo suelto y enmarañado alrededor de su cabeza, cuyo rostro descompuesto no permitia distinguir á primera vista, si era jóven ó vieja. Sus vestidos lujosos en clase de labradores, pero sucios y arrugados, indicaban haber estado empapados en agua y haberse secado sobre su cuerpo. Tiritaba de frio y se cubria con una manta de cuadros azules de las que usan los labradores del pais.

Lleguéme á ella, y apenas percibí mis pasos, se volvió y me mostró en sus labios una sonrisa que me heló el corazón. Sus ojos extraviados no me dejaron la menor duda de que la pobre habia perdido la razon.

—Aquí debajo está, me dijo con infantil alegría. Yo le guardo y el bárbaro de Lucas no lo tocará.

Yo miraba aquella desgraciada criatura con el mas tierno interés, pero sin decirle una palabra. ¿Qué le habia de decir, si ni estaba en disposicion de comprenderme, ni por el momento necesitaba consuelos?

Una anciana se llegó á nosotros, y estrechando en sus brazos á la pobre loca, le dijo con acento en que se revelaban el cariño y el dolor mas vivos.

—Vamos, hija mia. Ya es hora de que dejes este sitio y vengas á reposar.

—Déjeme usted, respondió desprendiéndose de los brazos de su madre con bruscas sacudidas. Déjeme usted aquí. ¿No sabe usted que Pedro está aquí abajo, y... si viniera el otro... No; no quiero moverme de aquí.

—¡Hija de mi corazón! exclamaba la anciana derramando lágrimas. ¡Oh, qué dia tan desgraciado, el que esperaba yo fuese el mas feliz de tu vida, y de mi vejez! ¡Por Dios, María; por Dios y por su Madre Santísima, ven conmigo si no quieres verme morir de pena!

Pero la loca permanecia completamente indiferente á las tiernas súplicas de su madre, y solo respondia con gestos de impaciencia.

Creí llegado el momento en que yo podia ser de alguna utilidad en aquellos sitios, y tendiendo la mano á María, la dije con voz fuerte, pero tranquila.

—María, levántate.

Miróme ella con asombro, y recordando yo los efectos que la fascinacion produce sobre los dementes, fijé mis ojos en los suyos con pertinacia, é inclinándome hasta coger su mano, la levanté sin que opusiera la menor resistencia. Dió algunos pasos como maquinalmente, pero apoderándose otra vez la mania de su mente, soltó mi mano, y volvió corriendo al mismo sitio, y arrodillándose en el suelo, se abrazó á la piedra donde estuvo sentada, volviendo los ojos hácia mí con expresion de miedo.

Inútiles fueron los ruegos y lamentos de la desolada anciana, y mis esfuerzos de todo género, para decidirla á abandonar su presa, hasta que se me ocurrió decirle.

—Pedro te llama.

—¿Pedro? preguntó levantándose con prontitud. ¿Dónde está?

—Nos envia por tí, la dije. Ven con nosotros.

Y con la mayor docilidad nos siguió.

Guiónos la anciana por entre escombros y charcos hasta una casa, que si bien habia quedado en pie, estaba amenazando ruina, y la habian apuntalado provisionalmente con maderos y troncos de morera. En su interior habia una porcion de personas acurrucadas alrededor del hogar, donde despedia mas humo que calor un haz de leña, tan empapado de humedad que inútilmente se le queria hacer arder. Nadie pronunciaba una palabra, ni nadie se volvió siquiera por curiosidad al oír nuestros pasos. El dolor, el cansancio, el hambre, el frio, habian llevado la atonia á sus miembros y el abatimiento á sus ánimos.

María, que habia caído en una especie de idiotismo, se dejó conducir sin resistencia á un cuarto donde ha-



ALMANAQUE LITERARIO DE EL MUSEO UNIVERSAL PARA EL AÑO 1865.



ENERO.

Visto que la dulzura aquí no prueba, ya verás; año nuevo, vida nueva.



FEBRERO.

El.—¡Qué majadero y bárbaro es mi tío! ¡No dice que este mes hace gran frío!



MARZO.

¡Si ahora fuese de noche y no de día, qué pronto aquella capa fuera mía!



ABRIL.

Una niña inocente.—Bendito mes de abril, el mes del agua en que puedo lucir mas que la enagua.



MAYO.

Estamos á dos del mes, Manolo; guerra al francés!



JUNIO.

Todos los años salgo de la córte al Este, al Sur, pero jamás al Norte.



JULIO.

Los hombres de corazon en todas partes lo son.



AGOSTO.

Ya que dicen que el mar todo lo iguala probemos si es verdad en mi Pascuala.



SETIEMBRE.

Feria nueva y permanente donde nunca falta gente.



OCTUBRE.

Este viento de octubre ¡cuántos floridos troncos no descubre!



NOVIEMBRE.

Visitar los difuntos es mi empeño y así paso las noches en un sueño.



DICIEMBRE.!

—¡Quién pillara las sobras de la cena que tendrán esos dos la noche buena!

Este ALMANAQUE, escrito por los primeros literatos, y con profusion de grabados, se regala á todos los suscritores á EL MUSEO UNIVERSAL, que lo sean para todo el año de 1865, y se les remitirá tan luego como se tenga aviso de la renovacion de suscripcion. Este ALMANAQUE, por la multitud y variedad de sus artículos, es interesantísimo; y estamos seguros de que una vez en la mano, no podrá dejarse sin haberlo leído todo. Los que se suscriban directamente lo recibirán tan pronto como remitan su importe en libranzas ó sellos de correo. Véndese á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias franco el porte.

bia una cama. Al cabo de poco rato se abrió la puerta de nuevo, y saliendo la anciana me dijo.  
—Gracias, señor: muchas gracias. Sin el auxilio de usted, no sé cómo hubiera yo podido arrancar á mi pobre hija de aquel funesto lugar.  
—Parece que su cabeza no está buena, ¿estaba ya así antes de la inundacion?  
—No, señor. ¡Qué habia de estar!  
—¡Luego ha sido efecto de la catástrofe de Alcira, la pérdida de su razon?  
—Es, señor, una historia triste que hace de mí la madre mas desgraciada de cuantas se lamentan hoy en estas ruinas. Si al señor no le incomoda, se lo referiré todo en pocas palabras.  
—A mí no me incomoda, y antes bien oiré con interés esa historia; pero usted está fatigada, y el recuerdo de acontecimientos dolorosos, tal vez no será lo que mas convenga á su ánimo en estos momentos.  
—Al contrario. Creo que sentiré algun alivio refiriendo mis penas á alguno que sepa comprenderlas.

Nos sentamos en un sitio apartado de los demás y me refirió la historia que voy á trasmitir á mis lectores, sintiendo no poder hacerlo en la lengua valenciana, cuyas frases, ora enérgicas, ora pintorescas, no tienen siempre fácil version al castellano.  
—Cuando yo envidé, María, mi hija única, solo tenia seis años. Mi marido, labrador infatigable y hombre honrado y arreglado, que jamás iba á la taberna, ni jugaba, ni frecuentaba malas compañías, nos dejó un campo de tres hanegadas de huerta y otro de dos cahizadas de arrozal que á costa de continuos trabajos y de la mas severa economía, habiamos podido comprar durante nuestro matrimonio. Esto unido á una casita que yo habia heredado de mis padres y á un arrendamiento de algunas hanegadas de arrozal, nos ponian á mi hija y á mí al abrigo de toda necesidad.  
Tomé, pues, un criado de confianza, y continué mi casa, si no prosperando, conservándose bajo el pie de humilde desahogo en que la habia dejado mi difunto. Creció mi María, y... no valga el dicho de una ma-

dre; pero muchos son los que han sobrevivido á esta espantosa catástrofe, y todos podrán decir si en Alcira habia otra moza mas agraciada y gentil. Yo habia tenido cuidado en educarla, como á mí me crió mi madre; y la chica no era menos alabada por su modestia y compostura, que por sus buenos ojos y airoso cuerpo, Humilde y respetuosa, como una oveja, jamás, lo juro, he recibido de ella el menor disgusto.  
(Se continuará).

JUAN ANTONIO ALMELA.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Entre los blancos y los negros se sostiene una lucha desastrosa en Santo Domingo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE. D. JOSE GASPAR. IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.